

*A Pedro Duno
in memoriam*

A veces la memoria se viste de luces y reproduce con certeros detalles los hechos pasados, convirtiéndose en anécdotas. Mañana, un mes, un año después reaparecen en la brevedad de nuestra vida. He vivido varias veces la noticia de la muerte de un amigo, nunca la de un «hermano mayor». La mala nueva llegaba de Ginebra. Lo primero que pensé reprodujo la duda acostumbrada ¡si hablé con él hace poco! La semana anterior a su muerte Ruperto Arrocha y yo le llamamos por teléfono a Caracas desde el campus de la Universidad de País Vasco, en San Sebastián, para felicitarlo por su reciente elección como senador —acertada palabra para designar a Pedro Duno: buen consejero, viejo sabio que está en disposición de darle luces a la República. En lo último que le oí nos decía con alegría que al fin teníamos un amigo senador. Era verdad.

El profesor Duno izó la bandera del hegelianismo de izquierda en los patios de nuestra Escuela de Filosofía, para la universidad de los años sesenta, fue la barricada activa contra el gobierno. Filósofo, político, poeta, viajero, inteligente, refinado, sutil; maquiavélico, hegeliano y nietzchiano eran algunas diferencias que individualizaban a Pedro.

La muerte es un tema afín a la poesía y a la filosofía: el poeta la crea y el filosófico la recrea. En 1977 Pedro Duno prologaba de este modo el libro de un amigo: «La oscuridad que aguarda para ocupar el sitio, para dar lugar al nuevo ciclo, al retorno eterno, sin cesar, para avanzar por el milagroso espacio de la creación, del nacer, del renacer y el morir».

MANUEL GARCÍA PULIDO